



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XIV
Núm. 59

Dirección y Administración
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

JUNIO
1925

El Corazón de Jesús

QUANDO el mundo cristiano, envejecido, declinó de sus primitivos fervores, para regenerarlo recurrió nuestro adorable Salvador a un ardid supremo: le descubrió su Corazón. Mostróselo ardiendo en llamas, rematado por una cruz, cercado de espinas, tras pasado, goteando sangre. .

En ese aspecto externo del Corazón de Jesús, se encierra un símbolo de lo que Él ha sido para nosotros y de la manera como le hemos nosotros correspondido.

Con las llamas en que se abrasa, quiso, para movernos, que nos percatáramos de la infinita caridad con que nos amó al hacerse hombre, al padecer y morir por nuestra causa, al legarnos el don inestimable de la Eucaristía. Quiso, además, invitarnos, a que nos acerquemos a

ese sagrado fuego, para remediar con su calor nuestra frialdad, y purificar en sus incendios la escoria de nuestras miserias. Él fué quien dijo: «Fuego vine a traer a la tierra; ¿y qué he de querer, sino que arda?»

Las insignias que ostenta el Corazón de Jesucristo—las espinas que taladraron su cabeza, la lanza que abrió su costado, la cruz en que se consumaron y se compendian sus dolores—pueden considerarse como una garantía y una medida de su amor. Aquilátase el amor por el sacrificio: ¿y qué sacrificio podría jamás equipararse al de Jesús?

Pero más bien significan esos trofeos prendidos en el Corazón divino, un lastimero reproche por la desleal correspondencia de los hombres a sus finezas. Cada vez que mortalmente le ofendimos, hemos renunciado a sus gracias y es-

carneció sus dolores. Es como si hubiéramos vuelto a hincarle las espinas, a traspasarle el pecho, a clavarle en el madero de la cruz; como si prácticamente le hubiéramos dicho: «no necesitamos tu Pasión; quédate con ella». ¡Y allí ha quedado, testificando en el Corazón de Cristo nuestra monstruosa ingratitude!

No pueden menos estos símbolos, de traernos a la memoria el lamento que Jesús dirigiera a su confidente Santa Margarita de Alacoque: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y que

no recibe de ellos, en retorno, sino injurias y desdenes».

Pronto volverá la Iglesia, en su liturgia, a proponer el Corazón Deífico a la adoración del pueblo cristiano.

No nos limitemos entonces a rendirle el tibio homenaje de una colgadura o de una rutinaria oración. Ofrezcámosle un obsequio, en cuanto nuestra pequeñez lo consienta, digno de su Corazón amantísimo; un obsequio que repare las veces que, con vuestras culpas, reprodujimos en Él los sangrientos atributos de su Pasión.



El Santísimo Sacramento dentro de una flor

EL cura de Sttissolly, en el cantón de Lucerna, debía llevar el santo Vático a un enfermo del campo un día que las lluvias habían puesto intransitables los caminos. Se puso en marcha, sin embargo; pero después de un rato de penosa fatiga, llegó a un sitio donde el sendero, cubierto de lodo, se había convertido en un verdadero pantano. Careciendo de libertad en sus movimientos, tropezó y cayó.

En su caída, se abrió el copón, y la santa Hostia, lanzada en el limo, desapareció sin que pudiera encontrar señal alguna ni rastro de ella.

Profundamente afligido de tanta pérdida, de la cual se hacía responsable a sí mismo, el sacerdote se puso de hinojos en medio del barro, diciendo entre sollozos:

— ¡Señor, os suplico tengais piedad de mí!

No me levantaré de este lugar hasta que no me mostreis donde se encuentra el Santísimo Sacramento...

A tan humilde ruego, dictado por fe tan ardiente, Dios no pudo ser indiferente.

De en medio del fango aparece de pronto una plantita, llevando en su cúspide un botón. Crece rápidamente, y a medida que se levanta el tallo ante los ojos sorprendidos del sacerdote, el botón crece y aumenta; después, abriéndose poco a poco, se transforma en una gran flor, cuyos ricos colores y suaves perfumes son desconocidos en aquellas comarcas, y la sagrada Forma, con blancura inmaculada, brillaba dentro del cáliz de esa flor, que sin duda abrieron los ángeles para honrar a Aquel a quien las escrituras llaman «la flor de los campos y el lirio de los valles».

PRELUDIO

(DE VERDAGUER)

Yo sé de una capilla en la arboleda
vestida de verdor
que da sombra a un rosal de rosas
[blancas
do anida el ruiseñor.

El ruiseñor modula entre las rosas
su constante cantar;

¡tiene el pájaro tanto que decirle
al florido rosal!

Dentro de la capilla está la imágen
de vuestro Corazón,

Jesús, rosal florido, en cuyas ramas

hizo un nido mi amor.
Cuando el pájaro canta, yo le digo:
mi nido es el mejor.

¡Oh ruiseñor, oh ruiseñor que cantas,
si tuviera tu voz!

Si tuviera tu voz ¡ah! cual cantara,
por el inmenso azul:

«Cuán bueno sois, mi Dios, sol de mis
[días
y de mis noches luz.,.

Al Serafín le das el alto cielo,
nido de nuestro amor,

y al hombre ingrato, como a abeja li-
[rio,
le das tu Corazón».

Versión de J. LE BRIZ.

El Reinado social de Jesucristo

(Hacia una solución)

ASOMBRO y pasmo viene cau-
sando a todos en estos úl-
timos tiempos, mayormente des-
de que se desencadenó, y en es-
pecial desde que cesó aquella fa-
mosa conflagración europea, sin
precedente en la historia y ver-
güenza del mundo, concu'cación
cínica por ambos bandos y por
igual del derecho internacional y
cristiano, la negación del orden
sobrenatural que se ha infiltrado
en las venas de esta sociedad
cristiana de nombre, y ha produ-
cido, no solamente la indiferen-
cia religiosa, verdadero ateísmo
práctico, que va pasando, como
racha de viento helado, por los
espíritus, matando en ellos todo
germen de vida divina; sino tam-
bién—no podía menos de ser así
—despertando en las masas el
desprecio al principio de autori-

dad, y en consecuencia, la rebe-
lión; el odio a muerte de los unos
a los otros, y como derivación
esas luchas fratricidas de sindica-
tos y de clases, que todavía ayer,
por lo menos en España, anega-
ban en sangre hermana las ca-
lles de las grandes capitales; la
aversión al trabajo y necesaria-
mente esas huelgas tan injustas
y repetidas que llevan a la vez
que el hambre a numerosos ho-
gares, el fracaso a la industria
nacional, el paro a las fábricas,
la inacción a los capitales, la
quiebra a los bancos, la pereza
a las iniciativas, la desconfianza
a los ánimos y la agonía al co-
mercio; finalmente, la sed impia-
cable de goces sin tasa ni térmi-
no, compañera inseparable de la
prostitución de la familia y dis-
minución y descenso de la nata-
lidad y los matrimonios, verda-
dera catástrofe de inmensas pro-
porciones religiosa y nacional.

Tal es, a grandes pinceladas,

lector benévolo, el estado actual de la sociedad. No importa que se llame *cristiana*; porque está bautizada, mas no informada del espíritu de Cristo. Jesucristo ha sido sustituido en la mayoría de los pueblos cristianos por una revolución franca y sincera que rechaza su doctrina. Jesucristo ya pasó para ellos: el Evangelio es ignorado o calumniado, blasfemado o proscrito por la gran muchedumbre de los que nacieron fieles, viven indiferentes y mueren ateos; y lo que peor es, y lo que infunde pavor en los corazones y extrañeza en el pensamiento, dejando una generación creada por ellos mismos que ha nacido atea, vive anarquista, y morirá, ignoramos cómo, pero es lógico suponer que devorándose a sí propia.

Si esto es la sociedad actual, y has de convenir conmigo, caro lector, en que así es, la necesidad del Reinado Social de Jesucristo se impone, so pena de perecer las naciones y las nacionalidades entre los escombros de la catástrofe que se avecina, y lo mismo buenos que malos, honrados que perversos, incrédulos que creyentes, pecadores que justos, como cayó Sansón, no obstante su fortaleza, con todos sus enemigos envueltos y confundidos entre las ruinas del templo.

No es obra de un día, a la vista está; ni empresa a cargar sobre flacos espíritus y débiles hombros. Pero, si las mismas causas engendran los mismos efectos, y las graves enfermedades se combaten con medicinas

contrarias a ellas, como los vicios con las virtudes, los hábitos malos con los buenos, el mal con el bien; las doctrinas deletéreas y revolucionarias que nos han traído a este estado de cosas fatal, es decir, al olvido absoluto de las divinas enseñanzas de Cristo contenidas en el Santo Evangelio, y que el género humano en un ataque de epilepsia o de locura, que tal fué la guerra pasada, ha hecho añicos entre sus manos deben ser combatidas y refutadas con esas mismas divinas enseñanzas enarboladas ayer en la cruz, en el Capitolio y en la arena de los circos, y hoy en los libros de texto para las escuelas y las universidades, en las columnas de la prensa, en las producciones de la literatura, en la tribuna de los ateneos, en las asambleas de las juventudes, tanto por lo menos y más acaso, que en los púlpitos de los templos.

Es preciso restaurar esas divinas enseñanzas, si pretendemos sanear esta sociedad que por la misericordia de Dios vive aún. Los últimos Romanos Pontífices, desde León XIII y Pio X, han insistido constantemente, *con ocasión y sin ella* sobre este tema en sus Encíclicas y cartas particulares a los gobernantes de los Estados.

Al espíritu de rebelión hay que oponer, en efecto, el espíritu de obediencia de Cristo que, por salvar al linaje humano, *se hizo obediente hasta la cruz*; al odio encarnizado de clases, el mandamiento *suyo y nuevo* de la caridad; a la aversión al trabajo, sus ejemplos de laboriosidad humil-

de en el taller del Carpintero de Nazareth; a la vida de molicie y orgía sin freno ni pudor, privada y pública, la conducta de Jesús, privada y pública también, tan pura, tan inmaculada, tan sobria, tan austera, tan penitente, que nunca desmintió; por último, a esas tendencias parecidas a devastación, y profesión parecida a dogma de crudo naturalismo, padre y tutor de esa nidada de errores y desvarios, madriguera de sierpes que alimenta y abriga en su seno la nación, como a aquel príncipe apóstata la República Romana: es preciso oponer, y oponer con firmeza, con tesón, claridad y valentía el Santo Evangelio, empapado y rebosante de sobrenaturalismo por todas sus páginas.

Que nuestro Señor Jesucristo debe reinar sobre el mundo por derecho natural, pues es Hijo de

Dios; y por derecho de conquista, pues le redimió con su Sangre: para nosotros, los católicos, verdad es que no admite duda. Su reino, dice David, es sobre todas las naciones, sobre todos los hombres, y sobre todos los siglos.—No es de este mundo mi reino—: dijo Jesús mismo a Pilatos; pero, no se propuso con estas palabras otra cosa, que significar al procurador romano que su reino no era material, sino espiritual; no de empresas terrenas, sino de almas; no de fuerza armada, sino de amor. No *comer y beber*, soltando el dique a todas las concupiscencias humanas; sino de mortificación, de sobriedad, de justicia, de cruz, de penitencia. De este mundo no era, en efecto, su reino; pero, si estaba en él: todavía más, dentro de nosotros mismos.

IGNOTUS.

HIMNO EUCARÍSTICO

I

Himnos cante mi salterio
al misterio del amor,
incruento sacrificio
que propicio hace al Señor.
Regalada Eucaristía
que extasía con su luz,
antesala de la gloria
y memoria de la cruz.

II

Salve, augusto Sacramento,
alimento celestial,
Hostia pura, manjar santo,
dulce encanto del mortal:
a comerte mi alma llega

y se entrega toda a Tí,
para que el Dios bondadoso
su reposo encuentre en mí.

III

Sol del alma peregrina
que camina hacia el Edén,
Pan de vida que alimentas
y que alientas para el bien:
Santo cáliz, rico vino
del divino Corazón...
¡Es la gloria anticipada
la sagrada Comunión...!

IV

Hoy mi alma se arrodilla
y se humilla al adorar
al Dios de amores rendido

escondido en el altar;
y postrada en su presencia,
como esencia de una flor,

le ofrece el perfume intenso
del incienso de su amor.

X.



HECHO EXTRAORDINARIO

COPIAMOS de la «Hoja Semanal»
de la parroquia de la Purísi-
ma Concepción de Barcelona:

«Alabemos y demos gracias al
Sagrado Corazón de Jesús, por el
prodigio, gracia o milagro que
obró en esta iglesia el martes, día
3 de los corrientes (Marzo de
1925).

—Conforme han visto nuestros
amados feligreses, como medida de
preparación a la instalación del
nuevo Vía-Crucis, se ha procedi-
do durante la semana pasada a la
limpieza de las paredes y altares
de las capillas. El martes, a las sie-
te y cuarto de la tarde, mientras el
operario José Carrión limpiaba la
bóveda de la Capilla del Sagrado
Corazón de Jesús, rompióse súbi-
tamente la escalera que le sostenía
cayéndose boca abajo, con tan bue-
na suerte que vino a parar en el
brazo izquierdo de la imagen del
Sagrado Corazón, suavizando de
tal manera el golpe final, que re-
sultó completamente ileso, de mo-

do que pasada media hora renova-
ba su trabajo el afortunado José
Carrión.

¿Cómo fué que la imagen se
moviera más de un palmo hacia la
pared y únicamente así pudiera su
brazo detener a Carrión? No nos
lo explicamos naturalmente, pero
todos pudimos comprobarlo.

Segunda parte del prodigio. El
trozo de escalera desprendido fué
a rozar el vestido de doña Clotilde
Farró, que cumplió el turno de ve-
la al Santísimo, en el reclinatorio
derecho de la Adoración diurna; el
resto de la escalera se desplomó
también y necesariamente había de
aplstar a dicha señora; de un mo-
do inexplicable desvióse dejándola
ilesa, y según ella atestigua, no
sintió el menor susto ni impresión.
La imagen presenta un pequeño
desgarro en la muñeca y una dé-
bil señal rayada en la mano, como
para atestiguar que fué la verdade-
ra salvadora de la desgracia que
podía ocurrir. Varias personas fue-
ron testigos de este prodigio.

¡Bendito sea el Corazón Sacratí-
simo de Jesús!



Diálogo interesante

—¿Cómo se portan muchos hombres con Jesucristo Sacramentado?

—Muy mal.

—¿Por qué?

—Porque pasan los días sin hacerle una visita.

—¿Qué excusa suelen dar para disculparse del abandono en que dejan a Jesucristo en el Sagrario?

—Dicen que no tienen tiempo.

—¿Y eso es cierto?

—No; porque si al marchar a sus trabajos o diversiones se encuentran con un amigo, se detienen; y si ven a una persona que puede serles útil, les hablan de sus asuntos y están con ella algunos momentos.

—¿Y Jesucristo, en el Sagrario, no es nuestro amigo y nuestro consejero?

—Sí; Jesucristo, en el Sagrario, además de ser nuestro Dios y Señor, es el amigo seguro, verdadero, constante, y el consejero más sabio, más experto y más útil.

—¿Qué harías con esos hombres que tan mal se portan con Jesucristo?

—Yo les diría: «Si a lo largo del camino que os conduce a vuestros negocios se halla una iglesia, en la cual vive y os aguarda Jesucristo, ¡oh! entrad, entrad; deteneos algunos segundos siquiera: *una simple visita de amigo, un apretón de manos a un amigo, un saludo afectuoso como a un amigo.*»



BIBLIOGRAFIA

Catecismo de la Doctrina Cristiana, precedido de un resumen de la Religión desde la creación del hombre hasta nuestros días. Publicado por el *Ilmo. Sr. D. Bernardo Augusto Thiel*, Obispo que fué de Costa Rica. Octava edición. En 8.º (XVIII y 324 págs.) Encuad. Marc, 1.35. — *Herder & Cia. Friburgo de Brisgovia. — Alemania.*

Obra aprobada y calurosamente recomendada por Su Santidad el Sumo Pontífice León XIII y los

Excelentísimos e Ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de Bogotá, Caracas, Comayagua, Chiapa, Guatemala, Nueva Pamplona, Quito, San Salvador, Trujillo y Veracruz; adoptada como texto oficial en las Repúblicas de Costa Rica y Guatemala; premiada con medalla de plata de primera clase por el Ateneo de Lima.

«Este Catecismo es muy propio para que los niños adquieran, cuando ya esté del todo desarrollada su razón, un conocimiento claro y razonado de la religión; de tal manera que se tenga la clave de solución de las objeciones más co-

munes contra la religión. El carácter de este precioso Catecismo le hace muy adecuado para las necesidades de los tiempos presentes; y los padres de familia que deseen precaver a sus hijos del contagio de las malas doctrinas, no deben omitir hacerles aprender este libro desde la infancia, proveyéndolos así del medio de no dejarse preocupar por teorías anticristianas.»

«El Tiempo», México.

—=—

Catecismo abreviado de la Doctrina Cristiana.— Publicado por el *Ilustrísimo señor don Augusto Thiel, Obispo que fué de Costa Rica*. Edición décimaséptima, adornada con numerosas láminas. En 16.º (92 páginas). Encuadernado Marcos, 55.— *Herder & Cia. Brisgovia.—Friburgo de Alemania.*

Obra premiada con medalla de

plata de primera clase por el Ateneo de Lima y aprobada y recomendada por los Excmos. e Ilustrísimos Sres. Arzobispos y Obispos de Bogotá, Buenos Aires, Campeche, Caracas, Comayagua, Chiapas, Friburgo, Guatemala, Linares, Nueva Pamplona, Quito, San Salvador, Trujillo, Veracruz y Zaragoza.

Este Catecismo, *adoptado como texto oficial en la República de Costa Rica*, está destinado a los niños. En la disposición y orden de las preguntas no se desvía del extenso, de manera que el niño que haya aprendido este pequeño, comprenderá con facilidad el grande. Se ha añadido una explicación más detallada de los sacramentos, de la penitencia y comunión.

(M. 4.20=1 dolar U. S. A.)

